

HUBO un tiempo, y no tan lejano, puesto que muchos lo recordamos, en que la burguesía española, y aún en sus capas más modestas, estaba asistida por las que posiblemente eran las mejores sirvientas del mundo.

Sería menester acaso trasladarse hasta el remoto reino de Siam (hoy Tailandia), en donde, cuando eran llamadas por el señor, las doncellas entraban en el salón a gatas, a fin de hallar una fidelidad doméstica similar a la de los antiguos servidores de Iberia.

Yo he conocido casos de tan extraordinaria devoción, como el de una niña que permaneció siete años seguidos en una casa en donde el amo, calavera y jugador, había dejado de pagarla. «Yo no podía irme dejando aquellas pobres criaturas abandonadas», me diría aquella benemérita mujer muchos años más tarde.

Hadas benéficas del hogar, servidores y guardianes del mismo, de día y de noche atentas al mandato, moviéndose del fogón a la plancha (¡aquellas planchas antiguas de carbón!), soportando la crianza de los niños, cumpliendo por la noche el oficio materno, de pie al romper el día... ¿qué sacaban a la postre muchas de aquellas mujeres devotas?

Galdós nos pinta el amargo retrato de la crueldad patronal en su obra «Misericordia».

Si este retrato puede resultar por fortuna extremado, no lo será evocar el antiguo sarcasmo. Sabemos que la palabra «criada» no es en sí peyorativa, puesto que llega a nosotros directamente desde la edad media. «Criada» era la pupila que crecía o se educaba en una casa. Reconocemos empero que resulta francamente despectiva y aún humillante la voz «chacha». Todo un juego de oscuras intenciones se centraban en esta voz, señalando la reticencia, o tal vez desprecio, hacia un oficio que, a la hora de la verdad, era bastante más necesario para quien lo recibía que para quien lo prestaba.

¿Es que, como los teólogos medievales se preguntaban acerca de la mujer, se pensaba también que el sirviente era un ser sin alma? Recuerdo un famoso artículo escrito por uno de los escritores que mayor influencia han ejercido sobre la sociedad española en los últimos 40 años.

Refiriéndose a la mecanización de los hogares europeos, este escritor gaditano observaba con desplante: «Nosotros tenemos un invento mejor que el de ellos, apretamos un timbre y viene Manuela».

—oOo—

Muy pocos años han bastado para que los hogares españoles se equipen con algunas —no todas— de las criaturas mecánicas otra vez desdeñadas. ¿Y dónde está Manuela? Ni con todo el dinero del difunto Onassis a nuestra disposición podríamos resucitar aquella figura devota, guardián de una felicidad doméstica ya evadida y devorada por el fenómeno del cambio.

—oOo—

Este tema —la evocación de las devotas servidoras— se relaciona estrechamente con el de las buenas esposas. Sino de otra felicidad, España siempre se ha enorgullecido de la fidelidad doméstica de sus mujeres. Hasta la palabra con que se designa a la mujer casada: «esposa», es en sí bien significativa. Para las frívolas francesas los amantes y las putas; una esposa ibérica sería tan devota como la fiel infantería; ni en el último pliegue de sus pensamientos —allí donde a veces se tejen las más oscuras infidelidades— traicionaría al marido; llegada virgen al tálamo sería mujer de un solo hombre, y aún de viuda, el camaleón con el retrato del difunto sobre el pecho, señalaría que si no se habla inmolado en una pira al modo de las viudas indias, espiritualmente seguía perteneciendo a un muerto.

SIRVIENTAS Y ESPOSAS

La devoción de la esposa ibérica cubría todas las regiones e igual resplandecía en la morisca Andalucía como en la independiente Vasconia. ¿Y qué han hecho los hombres españoles para recompensar tan señalado amor? ¿En qué medida han correspondido a este auténtico derroche espiritual?

Su respuesta, y hablo naturalmente en largos términos generales y sin acusar a nadie personalmente, ha sido bastante parecida a la de las clases privilegiadas cara a los antiguos servidores.

Puede el ministro de Justicia haber dicho hace unos días en La Coruña que la mujer casada española nunca ha sido esclava y puede que él mismo lo crea. Lo cierto es que nuestras mujeres están sometidas bajo dos esclavitudes a cada cual más cruel: la esclavitud de la ley y la social.

Las atroces leyes sexuales y la singular moral ibérica permiten que se consideren delitos en la esposa lo que acaso no son ni tan siquiera falta en el marido. Cuando no es la ley es la costumbre quien impone la sumisión oriental y por ello, cuando ya es-

ta aburrida de soportar las sucesivas infidelidades de su conyuge español, una joven y bella francesa le dijo:

—Cuidado, fulanito, que yo no soy una española y un día te pongo...

Pero cuando la misma joven mujer llevó su amenaza a la práctica iba a descubrir primero con asombro y luego con terror cómo toda la misoginia española, bien servida por la ley, recaía sobre un único delito y, convenientemente arropada por el manto de la culpabilidad, convertida en la «figura culpable» que exige el proceso, no solo se vio privada de sus hijos y desprovista de alimentos, sino que llegó incluso a perder sus muebles y objetos de valor que, procedentes de su casa paterna, había aportado como dote al matrimonio.

Este es uno de los casos que, convenientemente disfrazado y desfigurado, cuenta mi amiga Carmen Debén en su libro «Mujeres separadas». (A. Q. Ediciones, Madrid 1975).

—oOo—

A la hora de la separación, que es la hora grave de la verdad —pues si una mujer es feliz y

hicieron los anteriores.

—oOo—

Y así, queridos amigos y lectores, esta sociedad misógina se obstina en no querer cambiar. Se muestra reacia a devolver a la mujer su dignidad y ni siquiera quiere reconocer a la madre que lo ha llevado en su vientre, la patria potestad sobre el hijo.

Hay en España en estos momentos cien mil mujeres separadas y los procesos se multiplican de día en día, siendo curioso observar cómo, y en noventa por ciento de los casos, son ellas quienes inician el procedimiento. Ello nos prueba que la larga paciencia femenina está llegando a un punto límite.

Volviendo al ejemplo inicial, el de las buenas sirvientas.

¿No llegará un día en que encontrar una esposa devota sea tan difícil en España como ya lo es hoy encontrar una buena cocinera o una perfecta doncella?

Si la mujer sigue siendo objeto de tales discriminaciones, tanto en el orden jurídico como en el laboral y social, si tantos maridos ibéricos se siguen complaciendo en martirizar y vejar a unas esposas mucho más sacrificadas y bastante más amables de lo que es norma por esos mundos de Dios, ha de llegar inevitablemente el día en que el hombre español se preguntará como en el Eclesiastés:

«¿Dónde se hallará la mujer de valor?... Raro y extremado es su precio».

Por VICTORIA ARMESTO

está bien casada, ¿qué le importa si las leyes son justas o no lo son? — la esposa ibérica percibe hasta qué punto es marginada por la sociedad y por la ley. En el curso de un largo proceso de separación esos bienes gananciales, que en teoría eran suyos a medias, se evaporan y a la hora de pasarle alimentos el marido —acaso un hombre rico— se declara prácticamente insolvente.

Aún en los casos en que a la mujer se le asigne una pensión adecuada, si el marido decide no pagársela, ¿qué pasa? No pasa nada.

Solo anteayer, habiéndola encontrado casualmente en un acto social, tuve un cruce de palabras un poco tenso con una de las altas figuras femeninas del sistema a la que pregunté directamente, tuteándola como ellos hacen.

—¿Qué habéis hecho por la mujer en tantos años? ¿Os ha faltado capacidad de lucha y agresividad? Ha sido acaso más cómodo conformarse...

No le agradó la crítica, quizá por sorpresa o falta de costumbre y respondió secamente:

—Hicimos bastante más que

NUEVOS LIBROS

EL LABRADOR RETRIEVER Y EL BOXER

Por Stan Henschel y Sarah M. Barbaresi
Editorial Hispano Europea

Otros dos nuevos títulos de esta serie titulada «Razas caninas». Se incluyen abundantes datos acerca de cómo hay que criar y adiestrar a cada raza de canes, apoyándose las explicaciones en numerosos grabados. En primer lugar, se hace una historia de la evolución del perro para pasar después a exponer los cuidados que merece. Curiosas orientaciones, en definitiva, para las personas amantes de los perros. Y, en cualquier caso, amenos e instructivos libros para el público en general.

«HISTORIA DE LA AGRICULTURA EN EUROPA Y AMERICA»

Por Julio Luelmo
Istmo

En la primera edición de esta obra se recogió fundamentalmente una parte del fruto de la investigación que Julio Luelmo consagró al conocimiento de las sociedades precapitalistas. Se complementó con un esquema del desarrollo a partir de la Revolución Agraria del siglo XVIII hasta nuestra época. En esta segunda edición Luelmo procura restablecer el equilibrio, ampliando en la medida de lo posible la información de los aspectos más importantes entre los que en la primera edición no aparecían estudiados o que lo fueron en forma demasiado sumaria. De los temas que ahora aparecen por primera vez destaca la información sobre la productividad de los cultivos fundamentales en cada etapa histórica de la agricultura.

Después del estudio de la agricultura en las sociedades precapitalistas, es expuesto el

desarrollo agrícola en la sociedad moderna y contemporánea en los EE.UU., en la América Latina, en los países europeos y, de manera especial en la URSS: el comunismo de guerra y la NEP, la colectivización y la lucha contra los kulaks, la política agraria de Kruschef y la de la época de Breznev y Kosyguin.

Luelmo no se limita a una simple descripción. Plantea los problemas en su contexto socioeconómico, histórico y geográfico. Nos ofrece así una comprensión de lo que ha sido y es la agricultura, sugiriendo ideas sobre lo que puede ser en el futuro.

Publicaciones

«GALICIA - CLINICA»

Ha llegado a nuestra Redacción el número 10 de «Galicia-Clinica», correspondiente al corriente mes de octubre.

La importante publicación que tiene cuarenta y ocho años de existencia y dirige el doctor don Luis Gutiérrez-Moyano, ofrécese en este número tan interesante como acostumbra.

El sumario que contiene es el siguiente:

«Aneurismas traumáticos de la aorta», por los doctores L. Concheiro y A. Beiras; «La enfermedad del ejecutivo. Consideraciones en torno al estudio de las enfermedades de agotamiento y desgastes». Discurso de Ingreso en la Academia de Medicina y Cirugía de Galicia, del Dr. J. A. Pajarrón Ulloa; Contestación al discurso, por el doctor Domingo García Sabell; «Análisis de las primeras 1.000 fibroendoscopias digestivas superiores», por los doctores P. García Ciudad, Amigo Souto, Ferreiroá y Varela Iglesias; «Cómo enseñar a pensar científicamente», por el profesor doctor Raúl Verdú; «Libros escogidos», por el profesor doctor José Peña Gutiérrez y los doctores E. Pérez Hervada y L. Gutiérrez Moyano; Actividades científicas; Notas informativas.

Hombre lúdico

LA LIBERTAD

Por AMARO ORZAN

- Te veo tristón, Luis.
- Angustiado, acongojado es la palabra.
- ¿Y acongojado, por qué?
- Por una cosa... amigo José.
- ¿Un amigo amigo la podrá saber, no?
- Sí. Tengo ganas de decir viva la libertad.
- ¡Pues por mí, hala! Hay una película de R. Clair así con ese título: «Viva la libertad».
- Ya sé; la dieron en la TVE. Y muy buena.
- ¡Pues gritas «Viva la libertad, película de René Clair!», y... ya está.
- Sí... Es como un nudo de estopa sucia en todo el pecho y garganta... Y sé, seguro, que si la dijese me desahogaría y quedaría tranquilo.
- ¡Pues venga, hombre... Que para recuperar la salud todos los remedios son buenos!
- Es que...
- ¿Por qué tienes temor a decir o gritar una cosa que hay, que tenemos, que es ingénita a la naturaleza humana?
- Sí, ya sé... Conforme... Pero yo soy un tímido muy tímido... Tanto, ¿sabes?, que ni sería capaz de pregonar «¡Sardiñas vivíñas!» o, «¡Hay helao, helao!».
- Una vez, por no atreverme a gritar «¡Fuego, fuego!» me quedé destruido un barracón.
- Mira, Luis. Y hazme caso.
- Dime.
- Vas al puerto y alquilas una lancha. De remos o de motor, según las prisas que tengas.
- ¿Y...?
- Embarcado, sales. Sales al mar adentro o afuera. Y ya a quince o veinte millas dices o gritas eso de viva la libertad. Y una vez desahogado o vaciado, vuelves. Y hasta otra.
- ¡Aún así, José!
- Hay un procedimiento sencillo, Luis.
- Tú, José, como eres normal, todo lo ves sencillo.
- Es muy fácil, hombre; muy fácil. Escúchame: Ya en alta mar, si aún sigues acobardado, metes la cabeza en el agua y lo dices; dices eso de «viva la libertad». En vez de esas palabras, claro, del «viva la libertad», saldrá «gluglu glu gluglu glu... ¿Me explico?
- Sí.
- Lo pongo en práctica, yo. Yo, cuando lo he a menester, por otras razones, que harpias tengo en casa, lo hago así. Pero hogareñamente, que a mí pisar lancha, bote o barca me pone a la muerte.
- ¿Qué haces, cómo haces?
- Meto la cabeza en la palangana, ¡Y quedo feliz y asosegado con el glu gluglu glu glu gluglu...! O sea «me caso en mi suegra».
- Gracias, José.
- Hay de qué, Luis.

A. O.